RECUERDO DE MANUEL ALTOLAGUIRRE

¡Cuántas cosas y recuerdos evoca en mi memoria el nombre de Manolo Altolaguirre, poeta, editor, impresor y amigo! En su piso de la calle de Viriato, casado ya con Concha Méndez, nos reuníamos un grupo de compañeros de letras, algunos, por entonces, meros principiantes. Pasábamos juntos interminables veladas charlando de poesía, discutiendo y bromeando, todo ello con el ímpetu apasionado de la juventud. Manolo solía poner en nuestras reuniones una nota de alegría burlesca. Algunos habían publicado ya libros de poesía; Manolo Altolaguirre editada los versos suyos y los ajenos en *Héroe* y en *Caballo Verde para la Poesía.* Aunque la pobreza pudiera haber empujado a muchos de aquellos poetas a la bohemia, ésta quedaba fuera de nuestro círculo. La pulcritud, en todos los órdenes, no es incompatible con las Musas. Al poco tiempo llegó la guerra y todos nos dispersamos. Una especie de *diáspora* poética que dejó, a pesar del rudo vendaval, sus raíces entrañables en España.

Manolo Altolaguirre era, tanto en su carácter como en su poesía, profundamente original, porque su panteísmo infantil y primigenio le diferenciaba de otros poetas. Su universo vital y lírico era una gran potencia misteriosa, ignorante de la ortodoxia humana. En su imaginación se multiplicaban las imágenes brillantes; su sensibilidad y su gracia seductora se volcaban en una poesía curiosamente paradójica por su rara mezcla de euforia y de melancolía. Porque, tras una aparente blandura, se afirmaba en su obra la lenta contemplación sensual de un mundo en el que estuviera fundido lo paradisíaco con el dolor difuso y latente que lleva consigo la vida. Ni amargo realismo ni concepción desesperada o pesimista. Su trayectoria vital le trajo al final una agonía imprevisible, de sopetón, cortando de un solo golpe aquella existencia suya de cantor de la belleza proclamada en sus versos, en su prosa o en una universal pantalla cinematográfica.

MARÍA ALFARO